

Gran Bretaña

# LA INDISCRETA DEMAGOGIA DE "MAGGIE" THATCHER

JOAQUIN RABAGO

**S**I Dios o, por lo menos, las urnas no lo remedian, esta mujer puede entrar próximamente de lleno en la Historia. Porque si el 3 de mayo los electores del Reino Unido votan mayoritariamente, como pronostican las encuestas, a los conservadores, Margaret Hilda Thatcher, de cincuenta y tres años, no sólo se habrá convertido en la primera jefe de Gobierno europea, sino que, con ella, se inaugurará también el período más abiertamente reaccionario de la Historia contemporánea británica.

En efecto, Maggie, como la llaman cariñosamente sus partidarios, es, por sus ideas, un espécimen político capaz de figurar sin demérito al lado de los Strauss, los Chirac o los Fraga Iribarne. Y la referencia a nuestro líder aliancista no es en absoluto ociosa: ambos tienen un carácter impulsivo que les suele gastar malas pasadas, sobre todo en las campañas electorales, y ambos también gustan de presentarse a sí mismos como prueba de que la lucha de clases está superada y con el esfuerzo y la dedicación, en una economía libre, que no ahogue la iniciativa individual, un hijo de modestos campesinos —caso Fraga— o una hija de un comerciante de clase media —caso Thatcher— pueden llegar a donde se propongan.

Igual que Fraga saca demagógicamente a colación su humilde origen cada vez que puede, la Thatcher trata de ganarse a las clases medias refiriéndose a los sacrificios que tuvieron que hacer sus pobres padres —dueños de una tienda de ultramarinos en la pequeña localidad de Grantham, en Lincolnshire—

para darle estudios dignos, y explicando cómo tuvo también que esforzarse ella misma para ganar la beca que iba a permitirle codearse, en la Universidad de Oxford, con los vástagos de las mejores familias británicas y adquirir ese acento terriblemente "snob" que hoy exhibe en el elegante barrio londinense de

Así era ya de pequeña esta mujer que, más tarde, en Oxford, conseguiría la licenciatura en Química, para estudiar a continuación Derecho y casarse finalmente, aunque sin renunciar por ello a su carrera, con un alto ejecutivo de una compañía de petróleo llamado Denis Thatcher.

En realidad, la carrera po-

iniciativas. De aquel período muchos recuerdan sólo su decisión de acabar con la distribución gratuita de leche entre los escolares y que le valió el mote de "the milk snatcher" (la ladrona de leche). Ella trataría en vano de justificar la medida, arguyendo que el dinero ahorrado permitiría la construcción de nuevas es-



Chelsea, donde tiene su residencia.

Y es que la Thatcher —nadie puede negarlo— fue siempre una mujer tesonera. Y segura de sí misma. Lo prueba, entre otras, la siguiente anécdota, que tanto gustan de referir sus hagiógrafos y que data de sus tiempos de escolar. Un día, la pequeña Maggie ganó un premio en el colegio, y su maestra la felicitó por su suerte. "No ha sido suerte —dicen que protestó la niña—, me lo habla merecido".

lítica de Margaret Thatcher ha sido el resultado de una hábil combinación de esfuerzo personal y de suerte. Porque si en 1970 el entonces "premier" conservador Edward Heath se fijó en ella, fue sobre todo porque necesitaba a una mujer en su Gabinete: la Thatcher había llegado a los Comunes en 1959 por la circunscripción de Finchley.

Dicen sus críticos que en el Ministerio de Educación que le ofreció Heath, la señora Thatcher no destacó precisamente por la brillantez de sus

cuelas. Nadie aceptó esa explicación.

Sin embargo, algunos años más tarde, en 1976, cuando los mineros británicos lograron con su huelga enviar a los conservadores de Heath a la oposición, iba a ser la ex ministro de Educación quien disputase a su antiguo mentor el liderazgo del partido tory. Desencantado tras su derrota electoral, Heath optaría por no plantear batalla, sino que se retiraría discretamente a un segundo plano y dejaría que fueran la Thatcher y el



Una mujer en un Gabinete en la sombra, sólo de hombres: a la izquierda, sir Geoffrey Howe, posible canciller del Exchequer, y a la derecha, sir Keith Joseph, de Industria. Pero la futura primer ministro, si las urnas no lo remedian, cuida también su imagen de ama de casa.

veterano William Whitelaw quienes contendiesen entre ellos por la dirección. Triunfó la primera, y magnánimamente ofrecería entonces a Whitelaw la vicejefatura del Gobierno en la sombra, mientras que propondría al propio Heath como futuro ministro de Asuntos Exteriores, cargo que éste, sin embargo, rechazó.

Hace dos años, ya como jefe indiscutida de la oposición, intentó por primera vez la Thatcher derrotar, en votación parlamentaria, a los laboristas, pero éstos lograrían capear el temporal gracias a su alianza con los liberales. La estrella de la "dama de hierro" pareció ensombrecerse. Fue, no obstante, algo momentáneo, a lo que lograría sobreponerse y que le iba a servir además de experiencia para futuras batallas.

Por fin, a finales del mes pasado llegaría la tan largo tiempo esperada derrota del Gobierno de Callaghan en los Comunes tras el fracaso de sus negociaciones con los nacionalistas escoceses. Con ello se le ofrece a la Thatcher la gran oportunidad de su vida. Esta vez, la "dama de hierro" encuentra el terreno más que abonado para su demagogia populista. "Seguir votando a los laboristas es votar por el triunfo del socialismo marxista

en este país", diría el primer día de campaña. Para continuar su discurso con otras frases como éstas: "Antes, los laboristas predicaban un socialismo que valoraba al individuo, un socialismo que tenía dignidad y calor humano. Ahora, el laborismo significa sólo piquetes de huelga y luchas de los trabajadores entre ellos".

La Thatcher intenta obviamente capitalizar el descontento y la frustración de las clases medias e incluso de muchos sectores de trabajadores tras las huelgas de principios de año, tan hábilmente explotadas por la prensa conservadora. Su campaña la ha montado sobre unos cuantos puntos básicos: lucha contra la que califica de "dictadura de los sindicatos", a los que culpa de todos los males del país, recorte de los impuestos sobre la renta y reducción drástica del gasto público. Su modelo económico es el de Milton Friedman, y en esto al menos coincide con los consejeros de Pinochet.

No es Margaret Thatcher mujer de sutilezas, y en absoluto se recata de decir lo que piensa. En una conversación mantenida con Kissinger en 1975, definiría la "enfermedad inglesa" como "ese impetuoso afán de igualdad". Y en el transcurso de la misma

gira por tierras norteamericanas, iba a pronunciar la líder conservadora estas palabras, que levantarían luego ronchas en casa: "Gran Bretaña debería ser un país donde la gente tuviese derecho a la desigualdad. Ocurre como con los niños: al hacerse mayores, unos crecen más que otros".

Cuando aborda el tema de la inmigración, sus razones no andan muy lejos de las de un Enoch Powell... Así, el año pasado, Maggie se quejaba de que la cifra anual de inmigrantes de color doblase a la población de su propia ciudad natal, lo que provocaba, según ella, desequilibrios preocupantes para la "gente normal".

La sinceridad —muchas veces irreflexiva— de sus respuestas inquieta a sus consejeros, que temen un rápido deterioro de su imagen. A la pregunta de un periodista de "Newsweek" sobre cuál era el libro que más le había gustado de los leídos en 1978, la señora Thatcher contestó sin rubor que "jamás leía libros". Y cuando alguien le pidió su opinión sobre el movimiento de liberación de la mujer, su única respuesta fue: "¿Y qué es lo que han hecho por mí?".

Parejas, en lo reaccionario, son sus opiniones sobre otros temas: la droga, la homosexualidad, la pena de muerte,

de la que esta dama de ojos azules y pelo rubio, siempre cuidadosamente peinado, es ferviente partidaria.

En política internacional, la Thatcher es decididamente pro-europea —frente al creciente antieuropeísmo de la izquierda laborista—, se opone a cualquier tipo de concesiones a los soviéticos, defiende el incremento de los gastos de defensa y ha manifestado su disposición a reconocer al Gobierno racista rhodesiano y a revocar cualquier tipo de sanciones contra el mismo después de las elecciones en ese país, celebradas, como se sabe, con un 85 por ciento del territorio bajo la ley marcial y sin participación del Frente Patriótico.

Pese a los resultados favorables de las encuestas que publicó la prensa estos días, los conservadores no les tienen todas consigo. Todavía abrigan dudas sobre el efecto que puede tener sobre el electorado la presencia de una mujer en la cumbre del partido. Porque —mujer al fin y al cabo, tranquilizense los machistas— Maggie confiesa echarse a llorar muchas noches cuando llega, agotada, a casa. De ahí que, desde el primer momento, los cuidadores de su imagen hayan procurado presentarla acompañada de los miembros de su Gabinete, todos ellos hombres: William Whitelaw, su segundo; sir Keith Joseph, ministro de Industria; sir Geoffrey Howe, canciller del Exchequer (Hacienda); Francis Pym, Exteriores, y James Prior, Trabajo.

Pero los laboristas no se dan, ni mucho menos, por vencidos. Por lo pronto ya tienen un importante triunfo a su favor: aconsejada por el propio Whitelaw, la señora Thatcher no aceptó el debate en televisión que le propuso su rival Callaghan. Quienes rodean a la líder conservadora temen que ésta pueda cometer un desacierto en el último momento. Los laboristas confían que, pese a todas las precauciones, acabará haciéndolo. Con lo cual podría haber un vuelco en los resultados. Y ese sí sería seguramente el fin de la "dama de hierro". ■